

CAPÍTULO XVII.

De como la amada santa Isabel supo la muerte de su marido; y de la grande angustia y tribulacion que por ella tuvo.

Quo mihi avulsus es? quo mihi raptus á manibus, homo unanims, homo secundum cor meum? Amavimus nos in vita: quomodo in morte sumus separati?... Omnino opus mortis, horrendum divortium. Quis enim tam suavi vinculo muli nostri non pepercisset amoris, nisi totius suavitatis inimica mors?

(S. Bern. *in Cant.* serm. XXVI).

Flebat igitur irremediabilibus lacrymis.

(*Tob. x.*, 41).

Largo y difícil camino tenían que hacer los caballeros comisionados por el duque Luis, al morir, para llevar á Turingia aquella infausta nueva; y la fúnebre embajada, poniendo plomo en los piés mas que espuelas al deseo, no era á propósito para acelerar la marcha: hasta entradas del invierno no llegaron al término del viaje. Habia dado á luz la jóven Duquesa en este intervalo el cuarto fruto de su matrimo-

nio, que fue una niña llamada Gertrudis; y hallándose aun convaleciente de su apuro, no pudo dar audiencia, luego de llegados, á los portadores de la triste nueva. Hubieron éstos, pues, de comunicarla á la Duquesa madre y á los jóvenes príncipes Conrado y Enrique, enterándoles de la cruel y no esperada pérdida que acababan de sufrir. En medio de la consternacion universal que la noticia produjo en la familia y en el pueblo del ilustre finado, tuvieron cuenta algunas personas piadosas y prudentes del efecto que iba á causar en el corazon de la jóven madre, que era viuda y aun no lo sabia. La misma Sofia, revestida de un corazon de madre para con aquella á quien su hijo tanto habia amado, dió las órdenes mas severas y escrupulosas á fin de que nadie cometiera la imprudencia de dejar sospechar siquiera á Isabel la desgracia con que el cielo la heria, y tomó todas las precauciones necesarias para que estas órdenes se cumplieran á la letra. Mas al fin, pasado tiempo bastante despues del parto de la Duquesa, fue preciso noticiar á la tierna y fiel esposa la gran tribulacion con que el Señor se dignaba visitarla. Tomando á su cargo la duquesa Sofia tan ter-

rible comision ¹, entróse en el cuarto de su nuera llevando consigo á muchas señoras discretas y nobles que la acompañaron en aquel lance. Isabel recibió la visita con afectuoso respeto; y bien ajena del objeto á que iba dirigida, hizo que toda aquella noble compañía tomara asiento al rededor de la camilla en que estaba recostada. Hecho así, dijo la duquesa Sofía: «Armaos de valor, carísima hija, y no os dejéis turbar por las cosas que han sucedido á vuestro marido é hijo mio, pues así es la voluntad de Dios, á la cual bien sabeis vos que él estaba enteramente sometido.» Viendo á su madre hablar en aquel tono sosegado y con los ojos enjutos, Isabel no creyó fuese tan grande la desgracia ocurrida; y figurándose que la nueva era estar

¹ Segun otra version, adoptada por muchos cronistas, la piedra del anillo, que Luis al partir dejó á Isabel, saltando del engaste á la misma hora en que Luis espiraba, fue el primer aviso que la Duquesa tuvo de su desgracia. — Todavía hoy en casa del príncipe de Solms en el castillo de Braunfels, cerca de Wetzlar, se enseña un anillo de la pertenencia de nuestra Santa que contiene un granate partido por medio. Segun la tradicion de aquel contorno esta fue la piedra que se partió al morir el marido de Isabel.

el Duque prisionero en poder de los enemigos, respondió: «Si mi hermano es cautivo, pronto con la ayuda de Dios y de nuestros amigos le pondremos en rescate. «Cierta estoy de que mi padre ha de tomar tambien la mano en ello, y yo estaré luego consolada.» Mas la duquesa Sofía repuso luego: «O amada hija, tened paciencia y tomad esta sortija que os envia; pues por nuestra desdicha ya es muerto. «—¡Ah señora! exclamó Isabel, ¿qué estais diciendo? — Ha muerto, sí;» repitió la madre. Al oír esto Isabel se puso pálida primero, y luego encarnada como la grana; despues dejando caer los brazos sobre sus rodillas y juntando convulsivamente ambas manos, exclamó con voz ahogada: «¡Ah Dios mio! ¡Señor, Dios mio! ¡murió para mí el mundo todo! ¡el mundo entero con todas sus delicias!» Trastornada, fuera de sí con la fuerza del dolor, dejó de improviso el asiento, y corriendo con toda su fuerza á lo largo de los salones y pasadizos del castillo, decia con acento desgarrador: «¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto!» Y así continuó corriendo desatentada hasta dar contra una pared del comedor, contra la cual se quedó pegada é inundada en lá-

grimas. La duquesa Sofia ayudada de las otras señoras, viéndola en aquel estado que parecia como loca, pudo separarla de la pared á que estaba abrazada ¹, le hizo tomar asiento, y trató de consolarla. Mas ella rompió en amargo llanto y violentos sollozos, y decia con palabras entrecortadas: «Ahora todo lo perdí, todo; hermano querido, amado de mi corazon, bueno y piadoso esposo mio, has muerto tú, y ¿me dejas en la miseria! ¿Qué haré yo sin tí, pobre viuda abandonada, infeliz y desdichada mujer? ¡Oh Dios poderoso, amparo de las viudas y huérfanos, consoladme! ¡oh Jesús mio, socorred á esta débil infortunada mujer!»

Entre tanto vinieron sus doncellas y trataron de llevarla en brazos á su aposento, y ella se dejó conducir desfallecida y vacilante; mas en cuanto llegó, se dejó caer en tierra pegando su rostro contra el suelo. De allí la levantaron, y ella tornó de nuevo á sus lloros y doloridas quejas. Lloraba tambien la Duquesa madre dando rienda suel-

¹ Repente surgens cum fletu celeri gressu longitudinem palatii cum impetu pertransiit. Extra se namque posita mente usquequaque perecurrisset, nisi, paries obstitisset cui adhaeserat. (*Theod.*)

ta á su dolor y mezclando sus lágrimas con las de la afligida nuera, y lloraban no menos las damas y doncellas viendo tan triste y lamentable escena. Á ejemplo suyo la casa ducal toda, la poblacion entera de aquel castillo de Wartbourg, donde Luis habia pasado cási toda su breve vida, soltó los diques al dolor inmenso hasta entonces reprimido por miramiento al delicado estado de la pobre viuda; no teniendo escasa parte la honda angustia en que ahora la veian sumergida, en la impresion producida por la pérdida de tan excelente y amado señor y soberano ¹. Por espacio de ocho dias no se vió ni oyó en aquella residencia sino lágrimas, gemidos y alaridos de dolor. En nada templaba la afliccion de Isabel tan general y plena simpatía, ni ningun otro consuelo; era aquello una desesperacion sin lenitivo. Y sin embargo, á su lado habia, dice su piadoso historiador ², un consolador omnipotente, el Espíritu

¹ Fluebant oculi omnium et madebant lacrymis super interitu viri tam amabilis, et compassione relictæ uxoris tam miserabilis. (*Theod.*)

² Aderat tamen qui pupillum suscipit et viduarum consolator internus, Spiritus Sanctus... (*Theod.*)

Santo, padre de las viudas, de los huérfanos, de todos los corazones despedazados; el cual, proporcionando las pruebas con las fuerzas, queria colmarla de gracias poniendo un sello á aquel dolor.

Efectivamente; esta amada Santa, á quien en el seno de una union verdaderamente cristiana hemos contemplado favorecida por el cielo y regalada con las dulzuras de la dicha mas rica de esta vida, vedla que á la edad de veinte años se queda viuda; de enamorada y amada esposa, pasa de improviso á sufrir la suprema prueba de la soledad del corazon. El divino Señor de su alma no estaba satisfecho con haberla iniciado desde la niñez en los trabajos de la vida, la calumnia y persecucion de los malos: Isabel no perdió ni un momento su confianza en él. Habíala hecho pasar despues por la tentacion del brillo seductor de las grandezas de la opulencia y el mando, los homenajes halagüeños de una brillante corte de caballeros, los íntimos goces y la pura felicidad de la vida conyugal: mas en medio de toda esta dicha, el primer pensamiento de su corazon fue siempre el pensamiento del cielo: la idea dominante en su vida, la de endulzar

las miserias de su prójimos abandonados, víctimas del dolor y sufrimientos. Nada de esto llenaba todavía la medida de las exigencias del amor divino: antes de entrar en el goce de la felicidad celeste, Isabel, consuelo de tantas miserias, será á su vez la mas miserable y abandonada de todas las criaturas; ni á sus ojos brillará el tesoro de la vida eterna, hasta que ella muera mil veces cada dia al mundo y á los bienes todos de la vida mundana. De aquí en adelante y hasta que exhale el último aliento, tempestades sin fin azotarán esta frágil planta; mas por un maravilloso favor, de fácil inteligencia para los amigos de Dios, en vez de troncharse ó doblegarse marchita contra la tierra, se irgue mas lozana, se descoge con ufania para chupar el rocío del cielo y reflorecer con sin par esplendor y brillo. La pérdida de un esposo tan tierno, la ruina súbita de union tan santa y feliz pudo por un dia hundir en el abismo de la desesperacion á este corazon predestinado; pero muy luego vendrán nuevas y mas duras pruebas á infundirle y traerle de nuevo toda su fuerza, toda su calma, todo su ardor invencible. Traspasada de parte á parte por la herida de un amor mortal, ha

sucumbido por un momento; mas no tardará en levantarse, y entonces su corazón será ceñido por ella con una cadena de amor celeste, que asida al trono del Altísimo, no podrá ser rota ni aun aflojada por ninguna cosa del mundo. Á medida que vaya acercándose al término de su carrera, el tranquilo valor de las precedentes luchas será en cierto modo reemplazado por la exaltacion de las victorias nuevas; su corazón será animado por el presentimiento y el instinto del triunfo.

CAPÍTULO XVIII.

Que la amada santa Isabel fue con sus pequeños hijos echada del castillo y reducida á extrema miseria; y de la grande ingratitude y crueldad de los hombres para con ella.

Vidi lacrymas innocentium,
et neminem consolatorem.

(Eccles. iv).

Paupercula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione.

(Isai. ii).

Egentes, angustiati, afflicti,
quibus dignus non erat mundus.

(Hebr. xi, 37, 38).

Al principiar con el año vigésimo de la edad de Isabel esta segunda parte de su vida, no puedo menos de advertir al corto número de lectores que me hayan seguido hasta aquí, que para en adelante han de renunciar al escaso atractivo puramente humano y á la exterioridad de historia entretenida que tal vez hayan encontrado en lo que hasta ahora llevo referido. La jóven y cándida esposa, ocupada en confundir, segun la inocente ternura de su alma, el culto del Padre celestial con las mas dul-